

Los desheredados. Por qué es urgente transmitir la cultura

Autor / Author

BELLAMY, François-Xavier

Editorial / Publishing company

EDICIONES ENCUENTRO, Madrid 2018

Antes de comenzar con la lectura del libro, conviene saber la motivación que llevó al autor a escribirlo. Así, el subtítulo de la obra nos será fácilmente entendible: se necesita urgentemente que la sociedad entera se conciencie de la necesidad de transmitir la cultura a las siguientes generaciones. El curioso azar quiso que el día en que Bellamy se estrenaba como profesor de Filosofía, un inspector del Ministerio de Educación francés pronunciara la siguiente frase: «Ustedes no tienen nada que transmitir» (contraportada). Podemos imaginar qué supuso esta sentencia para el autor del presente ensayo. Su vocación de profesor de Filosofía parece no tener ningún sentido en su Francia natal. Poco después, cerca del lugar donde impartía sus clases, un adolescente asesina a otro por haberse saltado la imaginaria línea divisoria que separaba dos barrios. Estos hechos, aparentemente inconexos, se unen en la mente de Bellamy y, como fruto de su reflexión, publica el presente ensayo.

El autor pone de manifiesto la incoherencia de los modelos educativos de Occidente. En las aulas de los colegios, institutos e incluso universidades se completan jornadas, a veces, interminables sin saber el sentido de estas. Las clases se convierten en un lugar en el que «ocupar» a niños y jóvenes, pero sin querer ofrecerles la posibilidad de que busquen la verdad, de que se formen integralmente, de que observen la necesidad de una visión global de las diversas ciencias; y no hay que olvidar que todo lo que vayan descubriendo no tiene sentido si no lo ofrecen a la sociedad.

El ensayo consta de dos partes fundamentales: *Tres sacudidas en un seísmo* y *Refundar la transmisión*. Precedido por una presentación a la edición española y una introducción que lleva por título: *Va, pensiero*. Y un último capítulo conclusivo.

Ya en la nota de presentación se nos expone el problema fundamental de la crisis que estamos viviendo en la cultura: «La modernidad provocó una crisis que desestabilizó toda la cultura occidental. Con el tiempo, no ha hecho más que agravarse» (p. 7). El sistema educativo se esfuerza por dotar a los alumnos de destrezas y herramientas para

que adquieran unas competencias que les capaciten para realizar diversas cosas. Se olvidan los centros de enseñarles a acercarse a la verdad, se les amputa la dimensión cognoscitiva del sujeto en aras de un voluntarismo sin sentido. La figura del profesor como transmisor de la cultura ha quedado totalmente desprestigiada y en desuso. El autor, partiendo de su propia experiencia, propone ilusionar a los alumnos y profesores devolviéndoles el auténtico sentido de la enseñanza: «Exigir a los alumnos que hagan el esfuerzo de recibir lo que se les ofrece es el comienzo de una aventura extraordinaria» (p. 11).

Bellamy creyó ver en el asesinato del joven Samy el fruto de una sociedad que no ha sabido transmitir los valores culturales a sus generaciones: «Cuando no somos capaces de hacer vivir una cultura común, la sociedad se disuelve en una vuelta al estado natural que se parece mucho a este “embrutecimiento del mundo”» (p. 17). La violencia se convierte en una forma de expresión cuando no hay un sustrato común en el que las personas sean capaces de hermanarse con el otro. Solo si se transmite esa cultura de generación en generación es posible reconstruir el diálogo.

En *Tres sacudidas en un seísmo*, Bellamy analiza las figuras de Descartes, Rousseau y Bourdieu. Les responsabiliza, en cierta manera, del proceso de ruptura en la herencia cultural que tiene lugar en los últimos siglos en el viejo continente: «La crisis de la cultura —de la educación, de la familia, de las autoridades tradicionales investidas de la responsabilidad social de la transmisión— no es un simple fracaso, contrariamente a lo que podría pensarse superficialmente. Es, más bien, el resultado de un trabajo meditado, duradero, explícito» (p. 26). La desesperanza de Descartes en el *Discurso del método* lleva a pensar lo siguiente: «La escuela es desesperante [...]. ¿Para qué podría servir, si nada de lo que se transmite escapa a la incertidumbre definitiva?» (p. 31). Las ideas de Rousseau profundizan en la idea de la vacuidad de la transmisión cultural: «El progreso de la civilización —afirma— ha vuelto al hombre malo y desgraciado a la vez. Conforme el hombre ha ido perfeccionando la cultura, se ha ido perdiendo al alejarse de su naturaleza» (p. 45). Una de las primeras consecuencias de la concepción roussoniana fue el rechazo de la transmisión. Bourdieu fue más lejos, entendiendo que «la mediación del adulto no es para el niño sino una perturbación o contaminación, ¿cómo podemos comprenderla? Como un delito» (p. 69).

En la segunda parte, *Refundar la transmisión*, propone la forma para volver a establecer una comunicación entre las generaciones. Es necesario recuperar una auténtica noción de persona para poder hacerlo, de tal manera que en esta concepción del individuo se tengan en cuenta todas sus dimensiones, entre ellas la de ser de cultura: «El ser humano es, por naturaleza, un ser de cultura: es a través del encuentro con lo que otro le transmite como lleva a cabo su humanidad [...]. El hombre sin cultura parece extranjero en su propia humanidad» (p. 97). La persona aislada jamás podría ser lo que está llamada a ser, no hay posibilidad de realización personal si no es con los otros. A partir de la modernidad, se nos ha hecho creer que el sujeto podía construirse a sí mismo, que el hacerlo acompañado por otro o dejándose permeable por la tradición era una forma de traicionar su libertad. Sin embargo, reflexiona Bellamy, y no le falta razón: «Para alinear a un pueblo hay que hacerle mirar la cultura como causa de degeneración»

(p. 119). De la mano de la sociología, Zygmunt Bauman advierte del peligro de la sociedad líquida que disuelve todos los vínculos en aras de la libertad: «Nuestra obsesión por seguir siendo libres termina por encerrarnos entre cuatro paredes, lejos de toda experiencia, en una soledad que se protege, a través de la indiferencia, del riesgo de la relación» (p. 129).

Concluye Bellamy con un llamamiento a tomar la iniciativa y rescatar al hombre perdido y sin raíces. Todavía se está a tiempo, pero para ello «tenemos que romper con las facilidades de la deconstrucción y retomar la transmisión del saber, de la lengua, de la palabra y de la escritura, de la ciencia y de la cultura, para construir en cada joven un pensamiento consistente, libre y ligado libremente a las raíces comunes que hacen que nos mantengamos unidos» (p. 169).■

MIRÓ LÓPEZ, Susana

Profesora doctora de Formación Humanística
Universidad Francisco de Vitoria
Madrid (España)